

La economía social desarrollada desde las Organizaciones de Desocupados.

¿Apuesta utópica o significativa experiencia de transformación?

María Lidia Sagui¹

Introducción

Era como una nube que cubría Buenos Aires.

Raúl González Tuñón

El tema abordado en el presente capítulo surge íntimamente vinculado a los profundos cambios que ha experimentado la sociedad argentina en los últimos quince años. Es decir, la problemática general que enmarca y otorga inteligibilidad al conjunto del trabajo que aquí se presenta, está constituida por los fuertes impactos sociales generados por las reformas estructurales de la década del 90. Algunas de las consecuencias más dramáticas de esas reformas fueron la fuerte desindustrialización, el inédito nivel de desempleo alcanzado, así como la intensa precarización laboral que afectó al conjunto del mercado de trabajo. Paradójicamente, la súbita instalación de ese proceso de “*fin del trabajo*” y de colosal empobrecimiento de vastos sectores sociales, se da conjuntamente con la estabilización de los gobiernos democráticos en el país.

El adverso cuadro social señalado se desarrolló en forma vertiginosa: entre 1990 y el año 2000, la desocupación aumentó 2,3 veces y la subocupación se duplicó. Si se compara el año 1990 con el 2002, entonces, la desocupación se multiplicó 3,4 veces: el número de desempleados pasó de 888.000 a 3.060.000 (Goldín, 2002).

En la medida que muchas redes de socialización dependen de la situación ocupacional, es posible inferir la frágil inserción con que quedaron estos inmensos grupos humanos. Era *una nube* que no sólo cubrió Buenos Aires.

El desarrollo general de la crisis favoreció niveles de desigualdad (o asimetría) sin precedentes, llegando a adquirir contornos ciertamente inéditos y una profundidad tal, que puso no sólo de manifiesto la inviabilidad del modelo económico imperante, sino

¹ Licenciada en Sociología y Psicóloga Social. *Magister* en Sociología Económica, Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), Universidad Nacional de General San Martín. Consultora *Senior* Sistema de Información, Evaluación y Monitoreo de Programas Sociales (SIEMPRO), Consejo Nacional de Coordinación de Políticas Sociales. E-mail: marily@asagui.com.ar

que cuestionó seriamente la gobernabilidad democrática y la viabilidad misma del Estado-Nación (García Delgado, 2003). Dado el contexto de profundos cambios experimentados en el conjunto de la sociedad argentina en el transcurso de dicha crisis, focalizaremos la atención en uno de los indicadores que consideramos más representativos de las significativas transformaciones ocurridas en estos años en el seno de la sociedad civil: la aparición de organizaciones de trabajadores desocupados que (en el marco de sus estructuras) promueven, implementan y desarrollan diversos emprendimientos de economía social.²

Al hablar de *economía social* y de *organizaciones de desocupados* estamos, sin duda, haciendo referencia a realidades dolorosamente “novedosas” en nuestro contexto social, considerablemente complejas, y fuertemente contradictorias, en el sentido de que (por un lado), entendemos que señalan claramente los aspectos más “negros” de nuestra sociedad en este comienzo de milenio: la realidad de la marginación y la pobreza, de la injusticia, nuestro fracaso en la construcción de una sociedad “para todos”. Pero, además, de este lado oscuro, simultáneamente, estas realidades señalan algunos de los aspectos más luminosos de nuestro pueblo: marcan el coraje, la decisión de sobrevivir, el compromiso con la creación colectiva de una realidad diferente, más solidaria y más humana.

En términos de señalar las contradicciones planteadas por la crítica situación, puede destacarse que la misma puso simultáneamente de manifiesto los extraordinarios recursos de nuestra sociedad civil, en particular, la creatividad y entereza de los sectores más afectados, puestas al servicio de “desobedecer” (tal como señala Rebón, 2004) la orden que los condenaba al desempleo y la exclusión. Hacia finales del 90 (y después de diciembre de 2001, aún con más fuerza y vitalidad), comenzó a manifestarse en estos sectores un complejo proceso de búsqueda de “nuevas soluciones”, realizando una apuesta muy fuerte a estrategias de supervivencia plenas de valores trascendentes de hondo contenido ético. Así, cuando hablamos de *economía social* y de *organizaciones de desocupados* estamos haciendo referencia a dos indicadores centrales de una compleja dinámica social de descomposición, que a la vez plantean una posibilidad de recomposición social, en la medida que en los mismos son portadores de múltiples

² El presente artículo está basado en la tesis *Economía Social en el marco de las organizaciones de trabajadores desocupados: ¿una alternativa viable?*, elaborada para la Maestría en Sociología Económica del Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad Nacional de San Martín.

indicios de cambios que aparecen signados por una fuerte vocación emancipadora. Se trata, obviamente, de un proceso de transformación cargado de tensiones.

Es a partir de 2002 cuando numerosas organizaciones de desocupados se orientaron a potenciar estrategias de preservación y autoinclusión, comenzando a plantearse el desarrollo de emprendimientos de economía social en el marco de las mismas organizaciones.

De este modo, en los inicios de este tercer milenio, el extraordinario fenómeno de la economía social comienza a extenderse de modo significativo en nuestra sociedad. Y decimos *extraordinario*, porque se trata de un hecho social sin precedentes en nuestro país (en términos de sus dimensiones y características), que se encuentra atravesado por diferentes elementos, casi todos ellos ajenos a lo “ordinario” del orden social, en el marco de un contexto de crisis generalizada igualmente extraordinario e inédito para nuestro medio.

El presente capítulo se propone reseñar los principales hallazgos efectuados en el curso de la indagación realizada acerca de la concepción y alcance que diversos actores relevantes (del medio académico, de distintas áreas de gestión del gobierno nacional vinculadas a la temática y de las organizaciones de desocupados) asignan a la experiencia de la economía social desarrollada por éstas últimas, en particular, desde la Federación de Tierra y Vivienda (FTV) y del Movimiento de Trabajadores Desocupados de La Matanza (Cooperativa “La Juanita”). Asimismo, se reseñan algunas de las cuestiones consideradas centrales, respecto de los ajustes que deberían introducirse en la articulación entre los diversos ámbitos investigados, de modo que potencien las posibilidades de los actuales emprendimientos de economía social desarrollados en el marco de las organizaciones de desocupados, así como las de consolidar en nuestro medio un sector de economía social de escala.

Algunas precisiones sobre el marco teórico-metodológico de la investigación.

¿De qué hablamos cuando hablamos de economía social?

En los últimos tiempos, asistimos a un significativo resurgimiento (en diferentes ámbitos y países) de la expresión *economía social*, expresión (por cierto) desconcertante y contradictoria en sí misma, ya que si la economía es la disciplina que se ocupa de todo

aquello vinculado a la producción, distribución y consumo de bienes y servicios, la economía (necesariamente) debe ser considerada “social” *per se*, ya que la actividad económica no puede existir “sin sociedad”.

El origen histórico del concepto puede rastrearse en Francia, alrededor de 1830, donde pensadores y tratadistas (precursores del socialismo utópico y del anarquismo) como Saint Simon, Owen y Proudhon, comenzaron a utilizarlo. Surgida en Occidente de las experiencias cooperativistas, mutualistas y del asociacionismo obrero de la Francia del siglo XIX, desde su inicio la economía social se plantea como una economía de la fraternidad o solidaridad. Su objetivo de dar primacía a lo social en el desarrollo de la actividad económica misma. Indica la preocupación por las graves consecuencias sociales producidas por la Revolución Industrial al punto de que podría decirse que la economía social surge como reacción frente a dicha “cuestión social”.

Históricamente, en nuestro país la actividad organizada, privada y voluntaria, con propósitos sociales y sin fines lucrativos, es un fenómeno de larga data. Ya en la época colonial (y en forma más decidida desde mediados del siglo XIX) numerosas instituciones de la sociedad civil desarrollaron una acción preponderante en este sentido (Thompson, 1994). Con el tiempo, el heterogéneo conjunto de estas entidades fue constituyendo un sector institucional diferenciado, claramente distinto al sector de la economía privada, comercial y al sector público estatal.

Hoy, frente a la crisis capitalista originada en la aplicación irrestricta de las políticas neoliberales, y frente a la aparición de una “nueva cuestión social” (de tanta o más gravedad que la del siglo XIX), asistimos a un resurgimiento y renovación del concepto de *economía social*. Éste toma nuevos nombres: Economía solidaria, asociativa, participativa, alternativa, tercer sector, etc., los que (si bien) admiten definiciones y matices conceptuales diferentes, plantean una serie de características comunes. Todavía ninguna de las numerosas definiciones propuestas resulta unánimemente aceptada, por lo que (generalmente) hablar de economía social se prefiere a hacer referencia a los caracteres específicos que aparecen con mayor regularidad en las empresas del sector. Es decir, habitualmente, se hace actualmente referencia a tres cuestiones fundamentales:

- El tipo de fines perseguidos por la organización.
- Su carácter participativo.
- Y la gestión democrática.

Hemos tomado en consideración los criterios utilizados en nuestro medio por Abramovich, Hintze, Montequín y Vázquez (2003), quienes consideran “empresa social” a los emprendimientos que:

1. Tienen como razón de ser del cumplimiento de objetivos sociales y dan respuesta a necesidades concretas de sectores vulnerables de la población.
2. Producen bienes o servicios destinados al mercado, a fin de lograr su autosostenimiento.
3. Asignan los beneficios económicos obtenidos en función de los fines sociales.
4. Adoptan un modelo democrático y participativo en su gestión y toma de decisiones.
5. Están vinculadas con la comunidad local y comprometida en su desarrollo.

En el marco de esta concepción, resulta evidente que mientras la lógica del funcionamiento de las *empresas capitalistas* es la acumulación de capital (es decir, reproducir la concentración y la inequidad), la lógica que impulsa a las *empresas sociales* apunta a defender la vida de las personas, a asegurar la reproducción con calidad creciente de la vida de sus miembros y sus comunidades de pertenencia. Esa es, también, la lógica que se plantea en los emprendimientos de economía social desarrollados en el marco de las organizaciones de trabajadores desocupados.

Metodología utilizada

Para llevar a cabo esta investigación, se optó por una estrategia metodológica de tipo cualitativo por dos razones fundamentales:

1. El carácter exploratorio de los objetivos de investigación.
2. El propósito de abordarlos desde la perspectiva de los propios actores, es decir, desde su universo de significaciones.

La decisión metodológica de abordar la temática desde el punto de vista de actores diversos (vinculados a la misma, pero, desde lugares o posiciones sociales diferentes) adhiere a la concepción desarrollada desde diversos marcos teóricos (Matus, 1998; Boff, 2004), que consideran que la realidad se percibe a través de “representaciones” de la misma, que cada actor construye desde su situación personal.

La noción de *situación*, por un lado, hace referencia a lo dado (en tanto matriz y punto de partida), pero también a aquello por alcanzar. Es decir, plantea que distintos actores sociales aportan distintas miradas, las cuales se encuentran signadas por lógicas, intereses, objetivos y voluntades diversas que pueden oponerse claramente entre sí, o coincidir solo en parte.

Desde este marco conceptual, hemos seleccionados 22 informantes claves que conforman un conjunto sumamente representativo del medio académico y de las diferentes áreas de gestión del gobierno nacional vinculadas a la temática, incluidos funcionarios de los Ministerios de Desarrollo Social, Economía y Trabajo de la Nación, así como dirigentes del MTD de La Matanza (Cooperativa “La Juanita”), y de la propia FTV.³ La indagación se efectuó a través de entrevistas personales, utilizando la técnica de las *entrevistas en profundidad*, que consideramos más adecuada para acceder a la cosmovisión personal de los sujetos.

En los apartados siguientes, se detallan las principales cuestiones surgidas de dicha investigación.

Origen y caracterización de la economía social desde la representación de los actores entrevistados

Desde la percepción de los entrevistados, el *origen atribuido* a las experiencias de economía social surgidas en el marco de las organizaciones de desocupados resulta significativamente compartido: habrían surgido “por imperio de las circunstancias”,⁴ “por la necesidad de sobrevivir”, “de obtener los recursos mínimos imprescindibles para satisfacer las necesidades elementales de la vida”.

En términos generales, los entrevistados coinciden en que se trataría de una respuesta reactiva a la situación de crisis, no de “algo elegido”. Las experiencias de economía social surgidas desde las organizaciones de desocupados se constituyen así, en nuestro medio, en una auténtica y original “tecnología popular de sobrevivencia”, vinculadas estrechamente con la generalizada crisis socioeconómica, la crisis del Estado, las casi

³ Mi especial agradecimiento a la predisposición solidaria de todos los entrevistados, que en medio de sus apretadas agendas supieron encontrar el momento posible para las entrevistas. Sin su generosidad, obviamente, este trabajo no hubiera sido posible.

⁴ En toda la extensión del presente artículo, las expresiones que figuran entre comillas y en letra cursiva corresponden a expresiones textuales de los actores entrevistados.

insalvables dificultades para encontrar respuesta en el mercado de trabajo y la falta de respuesta orgánica por parte de los sindicatos y otras organizaciones de la sociedad civil.

En este contexto, a través de los distintos proyectos de economía social, los “trabajadores sin trabajo” asumen el compromiso de una significativa transformación: dar el salto de la “resistencia” al “proyecto”, generándolo desde las organizaciones territoriales en las que se habían refugiado y vinculado orgánicamente a partir de una primera instancia de trabajo comunitario barrial. Son los mismos desocupados en sus organizaciones los que reivindican el ser “trabajadores” e “inventan” la instancia de los emprendimientos de economía social.

Asimismo, desde la representación de los entrevistados se observa una significativa coincidencia al determinar cuál es el elemento distintivo que más claramente caracterizaría a la economía social en su conjunto. El mismo estaría constituido por su *marcada heterogeneidad* en términos de la casi totalidad de las características y aspectos identificables:

- Rubro o tipo de actividad.
- Número de miembros.
- Nivel de calificación de los mismos.
- Modalidades de participación.
- Organización de las actividades productivas.
- Recursos y origen de los mismos.
- Marco legal.
- Formas de comercialización.
- Otros.

Es decir, los actores entrevistados visualizan la economía social como un fenómeno básica y fuertemente multiforme en el que, tanto la noción como las realidades concretas que asume en nuestro país, remiten a un complejo espectro de gran diversidad o pluralidad. Las experiencias llevadas a cabo en el marco de las organizaciones de desocupados no constituyen (en este sentido) una excepción.

Las coincidencias en el discurso de los entrevistados son también significativas al momento de señalar las principales dimensiones que perciben en el fenómeno, tal como

el mismo se presenta actualmente en nuestro medio. Los términos en que los entrevistados perciben y conceptualizan las dimensiones más significativas de la economía social, desarrollada en el marco de las organizaciones de desocupados, hacen referencia a un conjunto de aspectos que resultan analíticamente diferenciables, si bien (conceptualmente y en la práctica social) aparecen íntimamente interrelacionados. Las principales dimensiones del fenómeno que resultan aludidas hacen referencia a:

- La centralidad que en el mismo ocupa el trabajo.
- Al hecho de constituir la posibilidad de obtención de un ingreso de subsistencia.
- Simultáneamente, reconstruir la solidaridad como valor cultural.
- Restablecer la trama social, los lazos sociales seriamente dañados en la crisis.

Por último, en este acotado punteo acerca de los elementos centrales con que caracterizan el fenómeno, destaca un aspecto de particular importancia: el hecho de ser un ámbito de particular significación en el proceso de *recuperación de la identidad personal* de quienes participan de la experiencia. Los actores entrevistados describen dicho proceso como signado positivamente por un incremento en el nivel de autoestima y una mayor conciencia de la propia dignidad. Ser desocupado deja así de ser un estigma, la pérdida masiva de referencias que tal situación implica resulta compensada por la inclusión en la organización y en el conjunto de las prácticas comunitarias de autogestión, las cuales proveen al individuo de un importante ámbito de continencia y de nuevos referentes o modelos de identificación. Se trata de un complejo proceso de construcción de una nueva subjetividad, que se manifiesta a través de la experiencia de nuevas formas de “conversaciones” y “convivencia”, del desarrollo de una conciencia grupal, de pertenencia a un grupo y (en ese marco) de la experiencia de reconocimiento del “otro”, del reconocimiento mutuo que lleva a convalidar el valor del “otro” y convencer del propio valor. La intensidad afectiva del ámbito resulta innegable.

La economía social en las organizaciones de desocupados: ¿una praxis ideologizada?

En un contexto discursivo donde resulta llamativa la coincidente percepción de los diversos actores entrevistados, respecto de las causas del surgimiento, así como de las características y aspectos centrales de la economía social, a la hora de establecer una

comprensión y conceptualización más totalizadora sobre el mismo, se ponen en evidencia representaciones diversas, que sostienen sobre el fenómeno perspectivas de abordaje significativamente diferenciadas.

A continuación, se plantean los lineamientos generales que caracterizan los distintos tipos de representaciones que surgen del discurso de los entrevistados:

a. Uno de los tipos de representaciones detectadas postula la existencia de matrices ideológicas considerablemente definidas y operantes en la forma en que las organizaciones de desocupados se plantean el propio accionar respecto de los emprendimientos de economía social. A esta perspectiva de abordaje o comprensión del fenómeno indagado la denominaremos *matricial*. La misma resulta predominantemente planteada desde los actores entrevistados que se encuentran más vinculados a los ámbitos académicos.

En la perspectiva *matricial*, se postula una marcada distinción en términos de las lógicas centrales que caracterizarían las diferentes matrices ideológicas operantes. Planteadas en el discurso de los actores entrevistados con mayor o menor nivel de explicitación y formuladas de diversas maneras pueden, sin embargo, reconocerse en esta perspectiva la postulación de dos tipos de matrices ideológicas bien diferenciadas:

a.1. Una más radicalizada, que plantea la confrontación con el sistema, que en el asumir una postura de producción autogestionaria se plantea “antisistema”, es decir, anticapitalista. Se trataría, entonces, de una matriz ideológica *alternativista*.

a.2. Una matriz ideológica que se propone considerablemente menos radicalizada, no plantea una ruptura en términos del sistema, sino que puede ser más bien caracterizada como reivindicativa, simplemente reformista, redistribucionista o “populista”. A esta matriz ideológica la llamaremos *reformista*.

En la concepción de algunos entrevistados, las implicancias de llevar adelante una experiencia de economía social desde una u otra matriz ideológica resultan fuertemente determinantes.

En el caso de que la organización opere desde una matriz ideológica *alternativista*, intentará la construcción y consolidación de “otras” estructuras económicas: otra forma de producción, otro sistema de intercambio, otro sistema de cooperación, es decir, otras relaciones sociales y otra cultura del trabajo. Se trataría no sólo de redistribuir ingresos

sino recursos, haciendo una apuesta clara al cambio de la lógica socialmente imperante y al desarrollo de una economía alternativa, “que ilustre un nuevo universo de relaciones sociales”.

En el caso de operar desde una matriz ideológica *reformista*, la organización estará más orientada hacia acciones tendientes a hacerle cumplir al Estado su función de garante de derechos universales básicos para todos los ciudadanos. Planteará una lucha por los recursos del Estado, pero una lucha acotada, que se concibe como redistributiva dentro del régimen de acumulación vigente y dentro de un esquema de alianza de clases. No hay aquí una visión “realmente” alternativa. La matriz ideológica *reformista* se encuentra más orientada a la reinserción social y laboral, y estaría fuertemente influenciada por resabios de la concepción moderna, imbuida (aún) de “la nostalgia por la sociedad salarial, por la sociedad fabril”.

En el primer caso, la matriz ideológica impulsaría a desarrollar y profundizar la experiencia de economía social. Su crecimiento y consolidación constituirían un objetivo estratégico porque la orientación ideológica de fondo apunta a construir “otra economía, otro modo de vida”. En el segundo, la misma matriz ideológica llevaría a limitar o acotar la experiencia, en la medida que ésta solo es considerada algo transitorio, una táctica a la que se recurre en la gravedad de la coyuntura y que sirve “para aguantar”, hasta que puedan restablecerse las relaciones laborales de la sociedad salarial.

b. La segunda de las representaciones detectadas relativiza la existencia de matrices ideológicas estrictas en el desarrollo concreto de los emprendimientos de economía social desarrollados por las organizaciones de desocupados. A esta segunda perspectiva de abordaje la denominaremos *pragmatista*, y observamos que resulta más habitual en las representaciones de los actores vinculados a las distintas áreas de gestión gubernamental incluidas en este estudio.

No niega que, en algunos casos concretos, puedan existir matrices ideológicas operantes que ejerzan una incidencia significativa en el accionar de las organizaciones, pero, la experiencia (más vinculada a la gestión que a los ámbitos académicos) de quienes sostienen esta mirada, los lleva a dudar que la claridad ideológica sea la norma que caracterice al sector. Respecto a ello, la percepción de estos actores es más bien la

opuesta: subrayan que el conjunto de las experiencias de economía social se encuentran fundamentalmente signadas por la urgencia y el apremio de la necesidad, deben dar respuesta a la inmediatez de la coyuntura. Asimismo, estos entrevistados registran (en el conjunto del sector) la vigencia de un significativo nivel de polisemia del término “economía social”, una falta de univocidad en el uso del mismo. En este contexto, advierten acerca del riesgo de que ello facilite la introducción de ciertos sesgos (más o menos sistemáticos) en el alcance atribuido a la noción y, consecuentemente, a las experiencias concretas efectuadas. Es decir, que se realicen insensibles deslizamientos hacia una utilización ideologizada del término, que atribuya (de manera generalizada) al conjunto de estas experiencias una visión estratégica amplia y estructurada que no siempre tienen.

c. Por último, en el discurso de los entrevistados puede, asimismo, observarse la existencia de un tercer tipo de representación (que denominaremos *pluralista*), y que resulta más frecuente entre los entrevistados vinculados a emprendimientos específicos. La misma fundamentalmente rescata y enfatiza la diversidad y pluralidad existente en el sector, postulando que la realidad actual de la economía social desarrollada en nuestro país en el marco de las organizaciones de desocupados es más rica y contradictoria de lo que las perspectivas matricial y pragmatista permiten suponer y, por lo tanto, se escapa a los intentos de fijarla en conceptualizaciones sistemáticas, exhaustivas, cerradas y excluyentes.

En este sentido, se plantea que la actividad de las organizaciones de desocupados (incluida la experiencia de lo productivo abordada por ellas), admite todas las lógicas: algunas se formulan y desarrollan desde una concepción más rupturista respecto del sistema; otras si bien plantean una distribución más igualitaria y democrática de los ingresos y el poder en la sociedad, lo hacen desde una concepción que no cuestiona la lógica de acumulación vigente; en otras, prevalece la mirada sobre la urgencia de lo inmediato y, en consecuencia, es frecuente que falte una visión más estratégica, de cualquier signo que sea.

En el marco de las diferentes posturas implicadas, en las distintas representaciones detectadas en el discurso de los actores entrevistados, cabe puntualizar la existencia de voces que sostienen que las diferencias planteadas pueden tener cierta envergadura

mayor en la teoría, en ciertos desarrollos académicos, en los análisis de gabinete, pero las prácticas concretas las minimizarían, es decir, plantearían diferencias considerablemente más acotadas: “si nos fijáramos en el hacer, creo que todos hacemos cosas parecidas...”.

El desarrollo de las experiencias y la profundización de la investigación sobre el tema irá develando progresivamente la cuestión, pero hoy (en función de la información recabada) cabe plantearse una reflexión fuertemente crítica acerca de la tendencia sobresimplificadora y “facilista” de atribuir generalizadamente a estas experiencias sociales innovadoras perfiles ideológicos que no responden a la realidad de las experiencias, desatendiendo la verdadera complejidad de las mismas.

¿Fenómeno “productivo” o fenómeno “cultural”?

Las coincidencias en las representaciones puestas de manifiesto por los entrevistados vuelven a reiterarse a la hora de establecer la real importancia económica de los tipos de emprendimientos de economía social abordados en esta investigación. Hay una total coincidencia respecto de que, en términos generales, se trata de pequeños emprendimientos, relativamente modestos, de alcance considerablemente limitado, prácticamente orientados al entorno local más inmediato.

En este sentido, se coincide en la importancia que tiene no perder de vista la perspectiva histórica, es decir, tener en cuenta que se trata de un proceso que se está gestando, cuyo desarrollo resulta aún incipiente. La experiencia más avanzada de la economía social en otros países da cuenta de sus inmensas posibilidades de desarrollo. En términos estrictamente económicos y productivos, la escala que potencialmente puede llegar a alcanzarse resulta altamente significativa.

Asimismo, se destaca que en nuestro país es un fenómeno que no resulta acotado en términos geográficos. Tal vez puede observarse más frecuentemente en los cordones industriales devastados de las grandes áreas metropolitanas, pero, las experiencias de economía social desarrolladas desde las organizaciones de desocupados se encuentran diseminadas en los más diversos lugares y latitudes del país.

A modo de contrapunto, es preciso puntualizar que resulta significativa la coincidencia de la percepción de los entrevistados respecto de que, actualmente, lo más importante y rico de la economía social realizadas en las organizaciones de desocupados se vincula

con cuestiones *no económicas*. Las mismas reconocen dos instancias o niveles diferenciados:

- a. El *micro social*, es decir, al interior de las mismas experiencias, en términos de los valores y concepciones sostenidos, las relaciones y vínculos establecidos y los debates planteados.
- b. El *macro social*, en términos de su gran contenido simbólico como práctica novedosa o anticipatoria, surgida de una concepción de la sociedad, del hombre, de la vida, del trabajo, que se extiende con valor de verdadero y trascendente “efecto de demostración”.

En ambas instancias, el construir e instalar los valores y prácticas de la solidaridad, el compartir, el intercambiar ideas manteniendo las diferencias, el tomar decisiones y acciones conjuntas plantea la envergadura de un extraordinario trabajo cultural, de instalación de una “cultura nueva” atravesada por valores solidarios plenos de contenido ético. Este sería el aporte más importante que, según los entrevistados, realiza actualmente en nuestro medio la economía social llevada a cabo desde las organizaciones de desocupados. Frente al conjunto de todas estas cuestiones se sostiene que la importancia estrictamente económica quedaría (de algún modo) secundarizada.

La contradictoria realidad nos enfrenta, así, con un hecho que evidencia de manera contundente las transformaciones que están teniendo lugar en el país: aquellos miembros más “descuidados” de nuestra sociedad son los que crean, desarrollan e implementan una “ética del cuidado”. Los menos “instruidos” son los que postulan, “inventan”, reivindican una *cultura nueva*. Sin duda, entendemos que ello constituye uno de los más relevantes y trascendentes indicadores de las transformaciones recientes operadas en el entorno social.

Los entrevistados plantean que desde el conjunto del sector se percibe (y se postula) la necesidad imprescindible de generar y establecer socialmente una nueva cultura. Entienden que el vigente es un sistema perverso de exclusión generalizada, es decir, la exclusión no alcanza solo a los más pobres sino que (de alguna manera) logra también alcanzar a los más ricos, que se ven obligados a vivir “encerrados” en *countries*, barrios cerrados, edificios con múltiples recaudos de seguridad, etc. Las consecuencias sociales e individuales de ello son percibidas como devastadoras.

De manera simultánea, los entrevistados no dejan de reconocer la existencia de diversos elementos y concepciones provenientes de ideologías neoliberales e individualistas también presentes en muchos de los actores de la economía social. En términos de la experiencia de los entrevistados, resulta evidente que la penetración de la perspectiva neoliberal también alcanzó a los sectores populares. Sostienen que ello llevó a plantear en casi todas las organizaciones, y de acuerdo con el estilo de construcción política de cada una, la necesidad de profundizar los debates, en el marco de una concepción que postula a la discusión como una herramienta de transformación muy poderosa, en la cual (en su transcurso) las personas se expresan, se comprometen y cambian, modifican sus perspectivas, acceden a nuevos puntos de vista, a nuevas concepciones, a aspectos que antes no habían tomado en cuenta.

Los temas planteados y debatidos en las organizaciones han sido muchos y diversos: ¿Qué es el trabajo? ¿Cómo se elige a los que van a participar de los emprendimientos? ¿Los emprendimientos pertenecen a la organización o a los participantes? ¿De quién es la propiedad? ¿Es necesario crear o no un excedente? ¿Cómo distribuir el excedente? ¿Generar un excedente remite necesariamente a la idea de mercado y de relaciones capitalistas? ¿Cómo se toman las decisiones?, etc. Los entrevistados consideran que estos debates son, quizá, lo más rico y trascendente de estas experiencias.

En este sentido, la economía social desarrollada en el seno de las organizaciones de trabajadores desocupados resulta investida con características que la definen hoy (en el marco de nuestra sociedad) como un elemento que supera ampliamente lo estrictamente económico o productivo y, fundamentalmente, se evidencia (y se rescata) como experiencia transformadora de trascendente relevancia cultural.

Principales dificultades asociadas a las experiencias de la economía social desarrolladas desde las organizaciones de trabajadores desocupados

La multiplicidad de dificultades detectadas

Hemos hecho referencia al esfuerzo personal y organizacional implicado en el tipo de experiencia socioproductiva. Efectivamente, a medida que avanzábamos en el curso de la investigación se hacía cada vez más evidente la compleja y densa trama de dificultades de todo tipo que las diversas instancias y actores participantes de los

emprendimientos efectuados en el marco de las organizaciones de desocupados han debido atravesar para originarlos y sostenerlos en el día a día. En este apartado vamos a intentar un abordaje sistematizado de las mismas. A fin de ordenar la presentación, hemos organizado el cúmulo de las diversas dificultades señaladas por los entrevistados en tres grandes categorías:

1. Emocionales o “del mundo interno” de los sujetos participantes.
2. Vinculadas con el desarrollo e implementación de los emprendimientos concretos.
3. Las que se plantean en el nivel de la organización que opera como marco del proyecto productivo.

El discurso de los actores hace reiterada referencia a la diversidad y multiplicidad de los obstáculos a enfrentar, es decir, en la práctica la imbricación de los distintos tipos de dificultades es alta. La categorización señalada reviste, fundamentalmente, un carácter analítico.

Los obstáculos emocionales o del “mundo interno” de los sujetos participantes

El origen del fenómeno investigado, como ya se ha mencionado, está signado por una situación crítica, fuertemente traumática en el nivel individual y social. Por lo tanto, resulta imprescindible incorporar dicha dimensión individual en el análisis, prestando debida atención a las múltiples referencias al respecto consignadas por los distintos entrevistados. Las mismas resultan más frecuentemente planteadas por aquellos vinculados de manera más directa a los emprendimientos. La intensidad de la crisis personal (en muchos casos en el marco de profundas crisis familiares) constituye un elemento de peso y gran significación al momento de abordar las dificultades que los actores debieron enfrentar para poder desarrollar los emprendimientos de economía social, en el marco de sus organizaciones de desocupados.

Otro elemento que se constituye como obstáculo muy poderoso, en el mundo interno de los protagonistas, proviene del clima de desconfianza generalizada, que el “sálvese quien pueda” (instalado crudamente durante los diez años de políticas neoliberales) estableció aún en el interior de los sectores populares. La economía social rompe con el cuentapropismo individualista, plantea la asociación con otros. En medio de ese clima social de desconfianza extrema, asociarse con otro “era todo un lío”.

Los entrevistados perciben que la desconfianza opera como un gran obturador de cualquier proyecto concreto de economía social, pero, que igualmente incide en la posibilidad de construcción de un futuro en común más amplio, más allá de un proyecto de emprendimiento productivo específico. Asimismo, también visualizan diferencias en la forma en que las organizaciones han trabajado y resuelto esta temática. Esta cuestión articula la dimensión individual del análisis con la manera de procesar esas dificultades en el ámbito de cada organización. En el discurso de los entrevistados, poder establecer adecuados niveles de confianza interpersonal aparece como un requisito fundamental, y no sólo en términos de la construcción de la economía social.

Dificultades que enfrentan los emprendimientos

La percepción de los entrevistados vuelve a manifestar una significativa unanimidad al puntualizar las dificultades u obstáculos más importantes que se encuentran en el desarrollo de los emprendimientos productivos considerados. En términos de las cuestiones recurrentemente señaladas puede establecerse el siguiente detalle:

- Dificultades o limitaciones vinculadas a los escasos recursos propios con que cuentan.
- Imposibilidad de acceder a líneas de crédito convencionales.
- Falta de maquinarias, equipos e instrumentos de trabajo.
- Falta de insumos o del flujo necesario de los mismos.
- Falta de cuadros técnicos con un nivel de capacitación adecuado.
- Necesidad de un apoyo y seguimiento técnico “de proximidad” en las distintas fases de desarrollo de la experiencia, desde la formulación del proyecto hasta la implementación y consolidación del mismo.
- Falta de acceso a información técnica específica sobre: normas de calidad, diseño de productos y envases, formas de comercialización, mercados potenciales, etc.
- Falta de acceso a información de coyuntura (monitoreo de variables relevantes para el sector), que sirva para operar y tomar decisiones.
- Dificultades en la comercialización de sus productos o servicios más allá de un pequeño círculo local muy acotado.

- Dificultades de gestión (en particular en emprendimientos de una escala relativa mayor), en la sincronización de las diversas instancias o procesos implicados (administrativos, de producción, comerciales, etc.).
- Dificultad para establecer un sistema de toma de decisiones que resulte participativo y democrático y (de manera simultánea), adecuadamente eficiente.

En líneas generales, las cuestiones anteriormente detalladas podrían sintetizarse en dos grandes tipos de obstáculos o limitaciones básicas: económico-financieras y de acceso a la información y capacitación técnica.

Los actores entrevistados coinciden en que los emprendimientos del tipo de economía social indagados son, habitualmente, experiencias que dependen casi por completo de la financiación estatal a través de programas especiales y, de que ésta llegue en tiempo y forma. Ello constituye (en su percepción) un punto que señala su nivel crítico de dependencia y vulnerabilidad, ya que la financiación adicional o alternativa a través de fundaciones extranjeras (en la mayoría de los casos europeos) resulta algo relativamente poco frecuente.

Es, precisamente, la aceptación (o no) de la financiación o aporte estatal una de las cuestiones que, sin duda, ha constituido un punto importante en el debate interno de todas las organizaciones e, incluso, en el debate *entre* organizaciones. La decisión final asumida al respecto parece haber ejercido una fuerte incidencia en el desarrollo general de éstas, así como en el de los emprendimientos abordados. Los actores vinculados a organizaciones que decidieron no aceptar subsidios estatales de ningún tipo, sostienen que esa es la estrategia que brinda a los emprendimientos más seguridad en el largo plazo. Otros actores sugieren que tal estrategia puede ser conveniente, pero no es siempre posible.

Algunas dificultades relevantes vinculadas a la organización interna de los emprendimientos

En el marco del conjunto, ya señalado, de arduas dificultades que experimentan los emprendimientos, quisiéramos enfatizar aquí algunas de las cuestiones problemáticas asociadas a la organización interna de los mismos, que aparecen particularmente presentes en las representaciones de los actores entrevistados. La relevancia que estos

atribuyen a dichas cuestiones, entendemos que se justifica ampliamente en términos de que superar (o no) el desafío que este tipo de obstáculos plantea, compromete fuertemente el logro de los objetivos y premisas centrales postulados por la economía social en su búsqueda de establecer una nueva manera de concebir y llevar a cabo la actividad económica.

En este sentido, la cuestión de lograr establecer un sistema de toma de decisiones que resulte democrático y participativo y (a la vez) razonablemente eficiente, es uno de los desafíos importantes que se plantean en el conjunto de estas experiencias. En general, la metodología establecida suele tener características de asamblea, en la cual quienes tomarán la/s decisión/es están copresentes. Es decir, se plantea una unidad de lugar y de tiempo, y los participantes están en condiciones de proximidad física, con interacción mutua, multilateral y global.

Las asambleas, habitualmente, se plantean con una frecuencia semanal y una de sus características es que, en general, son abiertas a todos los miembros del emprendimiento. Pero, también es frecuente que puedan participar miembros de la organización que no integran específicamente el mismo. Incluso, algunas organizaciones llegan a abrir la participación a toda persona interesada, aún cuando no pertenezca al emprendimiento ni a la organización. Esta modalidad operativa, que podría parecer (tal vez) “excesivamente abierta”, responde al temor de irse asimilando insensiblemente a las lógicas burocráticas, jerárquicas y autoritarias imperantes en el conjunto social del que las organizaciones de desocupados y sus emprendimientos forman parte. Funciona asimismo como la manera deliberada de “generar anticuerpos o vacunas contra eventuales desvíos, siempre posibles”. Es por ello que, los actores entrevistados sostienen que, en general, tanto los emprendimientos como las organizaciones cuidan sostener un estilo participativo en todos los niveles de la gestión, asegurando (de este modo) cierta cuota de “control social” al interior de cada uno de ellos.

Las reglas de decisión imperantes en las asambleas son diferentes en los distintos grupos u organizaciones; la utilizada más frecuentemente parece ser la *regla del número*. En este caso se toman las decisiones por mayoría, en función del número de participantes que manifiesta su preferencia por determinada opción.

En otras organizaciones, la regla de decisión es diferente: no se votan opciones sino que las decisiones se toman por *unanimidad* o *consenso*. Aquí no se trata de “ganar” (entonces, no hay “ganadores” y “perdedores”), sino de “convencer” o “dejarse convencer” y (en este caso) “ganan todos” y “no quedan heridas”.

Sin duda, la cuestión de la toma de las decisiones resulta central en el funcionamiento de los emprendimientos y, los entrevistados la consideran una cuestión claramente problemática, frente a la cual suele observarse la existencia de diferentes posiciones y matices. Sin embargo, plantean que (en términos generales), la lógica asamblearia de los emprendimientos de economía social desarrollados en el marco de las organizaciones de desocupados se orienta significativamente hacia un intento de construcción participativa y plural, donde se trata de no imponer qué pensar ni qué decir sino de realizar un ejercicio de reflexión, de imaginación, de encontrar la propia voz (de todos y cada uno), un ejercicio que se vuelve paradigmática resistencia a un modelo que trata de imponerse como única instancia posible y que sobredetermina o, condiciona fuertemente, el qué y el cómo decir y pensar.

En el marco de la organización interna de los emprendimientos, aquellas cuestiones atinentes de manera directa a las modalidades operativas de funcionamiento de los trabajadores constituyen, también, un tema de gran significación. Uno de los obstáculos, recurrentemente señalado, es el vinculado a la dificultad de retomar la disciplina laboral, particularmente, en desocupados de larga data. En este sentido, asignar continuidad a la participación de los miembros de la organización en los emprendimientos no constituye un problema menor, así como resulta un desafío sumamente complejo para los emprendimientos desarrollar (en este contexto) una producción en cantidad y calidad de nivel sostenido o sistemático.

Al interior de cada emprendimiento, la construcción del entramado humano que permita sostener estándares adecuados de producción, enfrenta la dificultad de tener que desarrollar técnicas de motivación específicas, de un carácter decididamente innovador, cualitativamente diferenciadas de las tradicionales que rigen a las empresas del sector de la economía privada.

Un elemento estrechamente asociado al anterior, y que también presenta dificultades en el marco de los emprendimientos llevados a cabo en las organizaciones de desocupados, es el manejo de los vínculos de jerarquía. También aquí se evidencia el desafío de

“inventar” nuevas modalidades, que expresen las nuevas concepciones y los valores que las sustentan.

Asimismo, se menciona como dificultad la persistencia de actitudes individualistas (en muchos casos, de desocupados que tienen competencias técnicas y laborales aún no devaluadas) que se manifiestan a través de cierta resistencia a integrarse a proyectos productivos colectivos, no sólo en términos de la participación personal, sino de invertir algún capital, incluso a través del aporte de maquinarias e instrumentos de trabajo.

Por último, algunos entrevistados señalan como obstáculo importante para los emprendimientos algunas concepciones o matrices ideológicas imperantes en las organizaciones, las cuales (en lugar de ayudar a potenciar y profundizar la experiencia de economía social) la interfieren, limitan u obstaculizan.⁵

Dificultades que se plantean a la organización de desocupados

Las dificultades que las organizaciones mismas deben enfrentar para llevar adelante emprendimientos de economía social son también múltiples y diversas. En muchos casos, las dificultades se encuentran estrechamente vinculadas con la historia, con el momento y la forma particular en que cada una de las organizaciones de desocupados ha surgido. Al respecto, los entrevistados coinciden en considerar que el trabajo comunitario en el barrio constituye la experiencia común que les da origen a todas. En general, tanto en el caso de las organizaciones autónomas como de aquellas otras más orgánicamente vinculadas a partidos políticos o centrales sindicales (como en el caso de la FTV), el comedor fue la actividad comunitaria a través de la cual sus miembros comenzaron a nuclearse. La necesidad de asegurar el alimento de los sectores más vulnerables de la comunidad fue, en casi todos los casos, el detonante a partir del cual fueron surgiendo los primeros agrupamientos de vecinos. Paulatinamente, la actividad comunitaria se diversifica y se orienta también a guarderías, panaderías, bibliotecas, etc. En términos del relato de la experiencia de los entrevistados, estos agrupamientos de vecinos van consolidándose en cada barrio a partir de una modalidad organizacional centrada orgánicamente en *asambleas* o *cabildos*, donde se toman las decisiones en un

⁵ Un detalle de las mismas se desarrolla en el apartado de este artículo: “La economía social en las organizaciones de desocupados: ¿una praxis ideologizada?”.

proceso progresivo de conformación grupal en el que prima una fuerte horizontalidad. Se combate el personalismo y, de acuerdo con ello, los cabildos o asambleas no tienen un representante fijo sino rotativo. Estos se reúnen con los representantes de los otros barrios y pronto comienzan a articularse para conseguir mayores recursos. Se inicia un crecimiento sostenido, en parte debido (desde la perspectiva de algunos entrevistados), al agudo descreimiento existente en las instancias y representaciones tradicionales y, en parte, por el manejo transparente y comunitario de los recursos conseguidos para los comedores.

Al comienzo, la lógica con que operan es claramente reivindicativa, siendo lo fundamental mantener el nivel de organización y movilización para conseguir bolsones de alimentos y planes sociales.

En líneas generales, los entrevistados señalan el 2002 como el momento en que, en las distintas organizaciones, esta lógica comienza a virar decididamente hacia un esquema más orientado a los emprendimientos y proyectos productivos. A su criterio, el cambio abre nuevas perspectivas, pero, plantea a las organizaciones una serie de problemáticas específicas (novedosas y complejas), que constituyen para las mismas un desafío de gran significación.

En primer lugar, les plantea la necesidad de adecuar sus equipos de gestión:

“Una cosa es gestionar alimentos y planes y otra muy distinta es gestionar emprendimientos productivos”.

Se impone trabajar sobre la capacitación de los equipos y la articulación con sectores técnicos externos a la organización. “Los propios cuadros técnicos no alcanzan”. En este sentido, la instancia misma de formulación de los proyectos les plantea, a veces, dificultades insalvables.

El concepto mismo de *trabajo autogestionado* resulta difícil de asimilar. El concepto de “trabajo” que tiene vigencia en los barrios, es el de trabajo asalariado, en relación con un “jefe”. El nuevo concepto “debe ser bajado como línea política de la organización”. Los desocupados miembros de éstas, no están acostumbrados a producir por su cuenta. Es por ello que en los emprendimientos realizados, el que organiza la experiencia productiva es el referente político del barrio. Incluso, al inicio, el armado de los

proyectos es centralizado, con un claro liderazgo de la estructura formal de la organización.

Las organizaciones se encuentran también en la necesidad de designar los miembros que participarán de cada experiencia productiva, y eso frecuentemente implica remontar la falta de costumbre de trabajo sistemático que se ha instalado en los desocupados de larga data. Lo mismo ocurre en términos de las competencias y destrezas técnicas perdidas. Ello configura un marco de obstáculos que signa las experiencias productivas con una alta rotación de los participantes, lo cual no ayuda a dar continuidad y consolidar los proyectos.

En la medida en que las organizaciones básicamente financian sus emprendimientos con recursos otorgados por el Estado, la manera de negociar con un interlocutor tan poderoso plantea cuestiones de difícil solución. Como señalamos anteriormente, algunas organizaciones se han negado a aceptar cualquier tipo de subsidio y han preferido mantener su independencia en este sentido. Otras se han avenido a negociar y en la competencia por los subsidios se han distanciado entre ellas, fragmentándose de manera tal que se dificultan considerablemente eventuales articulaciones posibles.

En términos de las problemáticas que se observan en este nuevo contexto, algunos actores entrevistados plantean que la misma relación “empresas sociales-organizaciones” es una relación en algún punto contradictoria y generadora de diverso tipo de tensiones, particularmente en un escenario futuro positivo en el que los emprendimientos empiecen a tomar mayor envergadura. En este caso, se plantea que es probable que los mismos consoliden una lógica propia que (eventualmente) pueda no coincidir con la de la organización. Esto plantea una situación potencialmente problemática ya que (al menos en la actualidad), por lo general, los emprendimientos dependen de la organización en cuestiones centrales, tales como: la forma y los criterios con que ésta distribuye a la gente entre las distintas unidades productivas, los recursos que consigue, etc. Por su parte, es evidente que las organizaciones no piensan sólo en términos de las unidades productivas sino que, necesariamente, lo hacen en términos de una lógica de la organización, de construcción de poder *desde y para* la organización en su conjunto.

¿Cuál es el margen de compatibilidad entre ambas lógicas? ¿La mayor autonomización de las unidades productivas constituiría una pérdida de poder para la organización?

¿Pueden pensarse vínculos de mayor autonomía entre ambos términos? ¿Puede pensarse a la organización simplemente acompañando el proceso de las unidades productivas?

Se trata de una problemática que pondrá a prueba la flexibilidad y capacidad de encontrar soluciones innovadoras y creativas por parte de todos los actores intervinientes.

Estado y Universidad: dos actores estratégicos

Respecto del rol que deberían asumir el Estado y la Universidad en el desarrollo y consolidación de un sector de economía social en nuestro país, la concepción de los entrevistados plantea, en principio, un consenso unánime: ambos resultan actores imprescindibles y estratégicos.

En el marco de las representaciones de nuestros entrevistados, la acción estatal orientada eficazmente a la consolidación de un verdadero sector de economía social, es decir, integrado a los sectores de la economía pública y privada en el marco de proyecto nacional de mediano plazo, constituye una estrategia positiva, que (tal como señalan García Delgado y Casalis, 2006) puede contribuir de manera significativa a la configuración de una estructura de capital más desconcentrado que promueva la construcción de una alternativa de mayor equidad.

En términos más orientados a cuestiones de orden práctico, se considera imprescindible la consolidación de un andamiaje estatal de apoyo más eficiente, si bien se plantea que la propia economía social debe generar capacidad de incidencia sobre el Estado, para que cumpla adecuadamente con la función que debería asumir. En este sentido, el conjunto de actores entrevistados considera decisivo el establecimiento de la sinergia necesaria para hacer posible esta doble articulación positiva. Señalan que ese es el gran desafío de los próximos años: la construcción conjunta de otro nivel de integralidad y coordinación en la implementación de las políticas vinculadas a la economía social, con otro nivel de compromiso y decisión política en todos los niveles de gobierno. En el marco de esta concepción, se enfatiza que el Estado debería asumir una posición muy activa en todos los ámbitos gubernamentales (tanto nacional, provincial como municipal), intentando desarrollar un alto grado de coordinación entre los mismos (y al interior de cada uno), en la implementación de las políticas públicas orientadas al sector. Sin embargo, simultáneamente, se plantea con claridad que solo por sí mismo, el Estado

no puede “inventar” un sector de economía social. Necesita contrapartes, organizaciones comprometidas, actores sociales que lleven adelante el proyecto desde la sociedad civil. En este sentido, se formulan reiteradas referencias a la fragilidad técnica y, en algunos casos, institucional de quienes son (o deberían ser) las contrapartes necesarias.

Más allá de las actuales limitaciones, se observa un marcado consenso acerca de lo que, ineludiblemente, le corresponde hacer al Estado. Podríamos sintetizarlo en las siguientes cuestiones:

- Tiene la responsabilidad de crear el marco legal y la normativa jurídica correspondiente que promueva y asegure el funcionamiento del sector dentro de la Ley. Promover una institucionalidad fundada en valores solidarios, pero que cuente con el correspondiente respaldo legal y que le asigne a la economía social la legitimidad social (en todo sentido) que la misma debe tener.
- Transferir recursos económicos y facilitar el acceso a líneas de crédito que contemplen la especificidad del sector.
- Transferir recursos técnicos adecuados en tiempo y forma a las diferentes necesidades específicas.
- Promover la articulación del sector (un mundo de microempresas aisladas no tiene viabilidad), ejerciendo el rol de promotor de encuentros, debates e intercambios de concepciones y experiencias (locales, nacionales e internacionales).

El conjunto de las cuestiones anteriormente puntualizadas implica desde los máximos niveles de Gobierno asumir una decisión política muy fuerte. Sin ese compromiso, a criterio de los entrevistados, resulta poco serio plantearse el desarrollo de un sector de economía social que resulte verdaderamente competitivo, que logre una escala que pueda ser realmente capaz de incorporarse a dinámicas productivas de crecimiento.

En términos del rol a jugar por la Universidad para el desarrollo sustentable del sector, también se observan representaciones significativas coincidentes en el conjunto de actores entrevistados. Se percibe como imprescindible una alianza estratégica muy fuerte con los sectores de la ciencia y la tecnología, en la cual las universidades (y en particular la universidad pública) están llamadas a cumplir un papel de enorme relevancia.

En todos los casos, se manifiesta la convicción para que esta articulación positiva con la Universidad tuviera viabilidad y proyección a futuro, habría que modificar de modo radical la formación impartida en los claustros, para promover

“otras cabezas; cabezas creativas, democráticas, respetuosas de los saberes populares [...]”.

Cabezas que abandonen las actitudes “iluminadas” o tecnocráticas para poder acceder a una

“actitud de intercambio de saberes sociales, de construcción de saberes transdisciplinarios, de pensamiento colectivo que permita recuperar lo mejor de los saberes y tradiciones populares”.

La contracara de esta actitud (y el peligro que los entrevistados perciben) es que la Universidad juegue un papel que resulte funcional al proyecto hegemónico, asumiendo un rol colonizador, distorsionador o abusivo en su vínculo con los sectores populares involucrados con proyectos de economía social.

Los actores entrevistados valorizan fuertemente la articulación economía social-Universidad, pero, *no* en el marco de una lógica de dominación, sea ésta más o menos explícita o encubierta. Sostienen la necesidad imperiosa de modificar esa lógica de participación, asignándole a las mismas características de mayor equidad, reorientándola en un sentido más democrático, de mayor igualdad. En todo caso, de lo que se trata es de articularse de modo cooperativo, enfrentando el inmenso desafío de aprender y construir en la diversidad.

En términos de las necesidades específicas de la economía social llevada a cabo en el marco de las organizaciones de trabajadores desocupados, se plantea (con significativa unanimidad) la urgencia de consolidar puentes entre los dos universos, de involucrar a los cuadros técnicos de modo que puedan establecer:

“Relaciones de acompañamiento, aportando desde las propias competencias y capacidades”.

No se trata entonces, de que la Universidad asuma el papel de planificar o dirigir el proceso. Desde la concepción de los entrevistados, lo que se plantea es la necesidad de que la Universidad se incorpore como un par (que ostenta competencias específicas, pero que básicamente es un par), que participa comprometidamente, acompaña, aporta, aprende, incide en el proceso, pero, desde un lugar que no exige la subordinación de los otros actores intervinientes. En este marco, se espera un aporte de significación en términos de sus competencias específicas respecto de cuestiones tanto teóricas como técnicas y metodológicas vinculadas a la gestión cotidiana de los emprendimientos y, que resultan de difícil resolución sin el aporte de los conocimientos y experiencia acumulados en los sectores de la ciencia y de la tecnología.

Indudablemente, si bien, como señalan los entrevistados “hay muchas cosas que los técnicos no saben”, asimismo, señalan que existen muchas otras que los integrantes de los emprendimientos de economía social, ciertamente desconocen, y que resultan elementos imprescindibles. Los actores entrevistados postulan la necesidad de dar un vuelco radical en la relación existente entre ambos sectores. Se trata del gran desafío para los próximos años.

De todos los sectores intervinientes se requiere una actitud distinta, que plantea (ciertamente) la necesidad de construir entre todos “una nueva inteligencia y un nuevo corazón” (D’Elía, 2000).

El desafío de articular mundos diversos y construir colectivamente

En las representaciones del conjunto de los informantes claves, la economía social surge como un fenómeno que exige la cooperación de diversos actores a fin de articular eficazmente mundos tan diversos como los consignados anteriormente en este artículo.

Es preciso aquí señalar la importancia que asume para los sectores populares (y, específicamente, para aquellos implicados en los emprendimientos productivos que estudiamos recuperar la propia voz, tanto en términos individuales como colectivos. Ello constituye una tarea prioritaria y que compromete (de manera decisiva) cualquier proyecto de construcción de una alternativa de equidad. En este marco, la modalidad de la articulación que pueda establecer el sector de la economía social con los otros actores de la misma, no es algo que resulte secundario.

La construcción de un sector de economía social de escala se nos aparece, así, como una *construcción colectiva*, necesariamente plural en la que las características que asume el proceso de interacción entre los actores configuran un aspecto sumamente estratégico a la hora de evaluar sus posibilidades de desarrollo y consolidación a futuro. Para que ello sea realmente posible, debería darse (entre los principales actores involucrados en el campo) un proceso de sinergia que permita potenciar articuladamente los elementos que cada uno de ellos aporta (o debería aportar) para dicho objetivo. En este sentido, se plantean actualmente tres grandes áreas de desafíos pendientes:

1. Al interior del sector de economía social.
2. Vinculados al rol del Estado.
3. Vinculados a la Universidad y los sectores de la ciencia y la tecnología.

1. En relación con los desafíos que se plantean al interior mismo del sector de economía social, la concepción predominante que se observa en los actores entrevistados pone en evidencia la necesidad de llevar adelante una doble estrategia: por un lado, ampliar la visibilidad y difundir la existencia de estos “experimentos sociales” (verdaderas microexperiencias de transformación social) más allá del modesto ámbito local en que habitualmente se desarrollan. Por otro, promover una eficiente y más institucionalizada modalidad de cooperación, tanto al interior del sector (entre las múltiples experiencias desarrolladas en lugares y marcos institucionales diversos) como con los sectores de la economía pública y privada. Es decir, se entiende prioritaria:

“la articulación en red al interior del subsistema y, simultáneamente, una articulación con la economía formal”.

Ello es considerado la condición de posibilidad para dejar de ser una economía de resistencia y pasar a ser una economía de transformación. La visibilidad/escala que logren las experiencias constituye un elemento decisivo.

Las cuestiones anteriormente señaladas estarían, también, condicionando significativamente las posibilidades de un mejor o peor posicionamiento del sector frente al Estado, asunto que no resulta ciertamente menor, ya que éste (en sus diversas instancias) constituye un interlocutor privilegiado y respecto del cual el sector, como tal, deberá plantearse una estrategia sumamente coordinada e inteligente.

2. Con respecto a los desafíos vinculados al rol del Estado cabe también hacer referencia a estrategias diversificadas. Por un lado, la transformación y democratización efectiva del Estado adquiere particular relevancia. Es decir, los sectores populares y sus organizaciones resisten ser concebidos como meros espectadores o consumidores de políticas públicas. En la concepción de los entrevistados deben dejar de ser simples “beneficiarios” para pasar a considerarse (y ser considerados) “sujetos de derecho” que, como tales, intervienen activamente a lo largo de todo el proceso de elaboración, implementación y evaluación de los programas gubernamentales de economía social. Particularmente, en el caso de los programas estatales vinculados a dicha temática resulta evidente que los mismos no pueden implementarse de modo exitoso si no están sólidamente asentados en las organizaciones sociales que operan en el sector.

Asimismo, es necesario puntualizar que el desafío más fuerte para un Estado verdaderamente democrático no es el desarrollo de exitosas políticas asistencialistas, sino la instalación de derechos que se articulen en una estrategia nacional de desarrollo con equidad. En consecuencia, el derecho debe considerarse algo esencial, el eje que debe articular la acción estatal en el campo social. Acorde con ello, la gestión de los programas estatales, vinculados a la economía social debe hacerse desde una concepción de instalación de derechos que supere lo meramente asistencialista. Asimismo, para las organizaciones populares, también resulta decisivo inscribir los logros de su acción colectiva en el marco del Derecho. Solo ello permitirá considerarlos conquistas definitivas, estables; al margen de eventuales arbitrariedades.

3. Por último, respecto de los desafíos vinculados a la universidad y a los sectores de la ciencia y tecnología en general, el discurso de los entrevistados plantea (con una significativa unanimidad) las complejidades y contradicciones presentes actualmente. Se hace evidente la necesidad de efectuar una revisión profunda del desempeño hasta la fecha por estos sectores, para realizar una fuerte renovación de la lógica de funcionamiento imperante, la cual (en términos generales) no parece percibir las urgencias de la hora ni plantearse la necesidad ética de una estrategia estructurada en torno a valores solidarios. Los nuevos paradigmas deberán estar basados en la vigencia y puesta en acto de valores que resulten (de manera simultánea) socialmente

responsables y operativamente eficaces, posibilitando y promoviendo una articulación más equitativa con los sectores populares y, específicamente, con aquéllos que llevan adelante emprendimientos de economía social.

A modo de síntesis, podemos decir que la orientación general de las modificaciones que los entrevistados plantean en el conjunto de las articulaciones actualmente vigentes entre los emprendimientos de economía social y los otros actores sociales aquí mencionados, constituyen un cambio cualitativo de gran significación, que implica un profundo salto político-cultural (o cultural y político) asociado de manera indisoluble a la modificación de las propias condiciones materiales de existencia. Se trata de una propuesta ambiciosa que, ineludiblemente, compromete a distintos sectores sociales. Se trata de una transformación profunda y de gran complejidad que depende de la articulación que los mismos sepan darse, y en la que los valores puestos en juego y las características que asuma la representación del conjunto de la situación, y del propio rol, ocupan un lugar central.

Algunas reflexiones finales

Plantearnos la pregunta acerca del carácter utópico de la economía social desarrollada en el marco de las organizaciones de desocupados o, por el contrario, de sus posibilidades de instalar una experiencia de transformación significativa, más allá de asegurar la estricta subsistencia, resulta aún un interrogante de difícil respuesta. La investigación llevada a cabo (y brevemente reseñada en el presente artículo) da cuenta de las múltiples dificultades que enfrenta, de su pequeña escala. Asimismo, puede simultáneamente afirmarse que plantea, en forma contundente, un significativo campo de resistencia popular, que configura (en un marco capitalista dependiente) una verdadera “praxis de la excepción” que instala valores alternativos, los indicios “concretos” de una nueva cultura emergente.

En términos de evaluar en qué medida los actuales desarrollos alcanzados por la economía social en nuestro medio pueden considerarse como planteando una opción viable al paradigma capitalista vigente, en general, los actores entrevistados tienden a considerar que, ciertamente, constituye un elemento significativo que se orienta en esa

dirección, que puede ser pensado como un punto de partida para esa transformación, pero coinciden en ser cautelosos:

“[...] es una condición necesaria, pero no suficiente [...], las transformaciones deben darse a nivel macro [...]”.

Es decir, la escala que logre se considera decisiva. De allí, la importancia asignada a la conformación efectiva de un “sector de economía social”, a la articulación en redes al interior del mismo y con los otros sectores de la economía.

Sin embargo, si bien podemos decir que resulta prioritario que las distintas organizaciones sociales que confluyen en el sector puedan darse una estrategia de mayor escala y visibilidad (que les permita, asimismo, incorporarse desde una perspectiva “macro” a los grandes temas del sector y del país; Saguier, 2004), no debemos perder de vista que el sector ya forma parte del conjunto de las significativas transformaciones ocurridas en nuestro país recientemente, debido al hecho (incuestionable) de haber creado un campo concreto de experimentación social donde resulta posible resistir a la inevitabilidad del modelo propuesto por el paradigma imperante y contraponer alternativas que (ya en el hoy, y con el inestimable valor de lo emergente) permiten que la vida humana sea más digna. Las experiencias de transformación aludidas resisten localmente, en escalas muy modestas, aquello que parecía inevitable, promoviendo con éxito (dice el sociólogo portugués Santos, 2003b) alternativas que parecen utópicas en todos los tiempos y lugares, *excepto* en aquéllos en que ocurren y se llevan adelante.

Frente a la extraordinaria emergencia de resistencia popular implicada en los diferentes tipos de emprendimientos de economía social surgidos en los últimos años en la Argentina, creemos que desde el campo académico existe un inmenso trabajo por hacer, vinculado a lo que Santos denomina la “sociología de las ausencias” y la de “las emergencias”, y que alude al trabajo a realizar con aquellas porciones de la realidad social que resultan sistemática y deliberadamente invisibles por diversos dispositivos al servicio del paradigma dominante. Ciertamente, puede decirse que las experiencias de economía social de nuestro medio (incluidas las desarrolladas en el marco de las organizaciones de desocupados), si bien plantean una clara existencia “local”, a escala de la sociedad en su conjunto, resultan prácticamente “invisibles”, negadas, silenciadas, descredibilizadas.

Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN: 1851-2577. Año 2, n° 4, Buenos Aires, noviembre de 2008. Dossier “Transformaciones de la Argentina contemporánea”.

El desafío, entonces, es desarrollar un corpus teórico hecho de esas “ausencias y susurros” que se cuelan porfiadamente a través de los intersticios del sistema. Se trata de construir una obra desde una mirada que ponga el acento en aquello pequeño y sutil (apenas emergente), aunque potencialmente poderoso. Evidentemente, la tarea supone para los científicos sociales un desafío de gran envergadura.

De cualquier manera, conviene recordar que el futuro no es aleatorio, la forma en que evolucionará el fenómeno indagado, la manera en que desplegará potencialidades y límites, el modo en que se irá convirtiendo en aquello que “realmente puede ser” y que se anuncia o manifiesta de manera incipiente en la actualidad, depende fuertemente de lo que hagamos (o no hagamos) hoy. Frente a este enorme desafío las palabras de Weber resultan oportunas:

“[...] no basta con esperar y anhelar. Hay que hacer algo más. Hay que ponerse al trabajo y responder, como hombre y como profesional, a las exigencias del día (Weber, 2003)”.

En consecuencia, necesitamos centrarnos fuertemente en las actividades y tareas que precisan ser realizadas en el presente (algunas de las cuales hemos reseñado precedentemente), para incrementar las posibilidades del mañana y poder contar con un sector de economía social verdaderamente de escala. Las condiciones de vida futura de miles de familias y las perspectivas del conjunto de nuestra sociedad dependerán, en gran medida, de la forma en que los diversos actores comprometidos de algún modo con el campo de la economía social sepamos abocarnos, desde la especificidad de nuestro rol, en la construcción de este presente.

Es en este sentido que pensamos que profundizar la investigación (en el marco de una sociología de lo emergente), sobre estas realidades aún “pequeñas”, que apenas están “surgiendo” y configurándose, se vuelve hoy (en nuestro medio) un imperativo ético de primera magnitud. Creemos que ello resulta decisivo para poder avanzar en esa necesaria articulación (tan imprescindible y tan difícil de lograr), entre el análisis teórico realizado desde un encuadre académico y el desarrollo de propuestas de acción transformadoras, que ayuden a asignar una cuota de mayor encarnadura o realidad a ese otro “mundo posible”.

De esta manera, cabe decir que el desenlace a que hace referencia la pregunta del título se encuentra fuertemente condicionado por la posición que cada uno de los actores comprometidos asuma en el proceso. Desde lo estrictamente sectorial, la construcción de una *visibilidad-escala* adecuada y *articulación* eficaz parecen constituir elementos de significación en el desafío de lograr una viabilidad que resulte sustentable. El proceso de *sinergia con los otros actores* intervinientes parece resultar, asimismo, decisivo.

Bibliografía

ABRAMOVICH, Ana Luz. *et al.* (2003): *Empresas sociales y economía social: una aproximación a sus rasgos fundamentales*, Buenos Aires, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento.

BOFF, Leonardo (2004): *El águila y la gallina. Una metáfora de la condición humana*, Buenos AiresM Bonum.

D'ELIA, Luis (2000): *La tierra es nuestra. Hacia una política de tierra, vivienda y hábitat*, Buenos Aires, Ediciones FTV, CTA Instituto de Estudios y Formación.

GARCÍA DEGADO, Daniel (2003): *Estado-Nación y la crisis del modelo. El estrecho sendero*, Buenos Aires, Norma.

----- y CASALIS, Alejandro (2006): *El desarrollo local protagónico*, Buenos Aires, Mimeo.

GOLDIN, J. (2002): *Empresa social*, Buenos Aires, Mimeo.

MATUS, Carlos (1998): *Planificación estratégica situacional*, Caracas, Fundación Altadir.

REBÓN, Julián (2004): *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*, Buenos Aires, Caruso.

SAGUIER, María Luisa (2004): “La consolidación en la Argentina de un sector de economía social: algunos desafíos urgentes” [Ponencia], Buenos Aires: 2^{do} Encuentro del Foro Federal de Investigadores y Docentes en Economía Social, noviembre.

SANTOS, Boaventura de Sousa (2003): *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia. Para un nuevo sentido común: la ciencia el derecho y la política en la transición paradigmática*, Bilbao, Desclée de Brouwer, vol. I.

Papeles de trabajo. Revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín. ISSN: 1851-2577. Año 2, n° 4, Buenos Aires, noviembre de 2008. Dossier “Transformaciones de la Argentina contemporánea”.

THOMPSON, Andrés (1995): *¿Qué es el “tercer sector” en Argentina? Dimensión, alcance y valor agregado de las organizaciones privadas sin fines de lucro*, Buenos Aires, CLACSO, Biblioteca Virtual: www.clacso.org.

WEBER, Max (2003): *El político y el científico*, Madrid, Alianza.